



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

“ILLIMANI” EL RESPLANDECIENTE

Escrito el año 1979

Primera edición electrónica 2004

*
*
*
*

Foto: Dr. Alberto Palacios Diez de Medina
EDITOR © Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz - Bolivia

Del Monte más Hermoso del Mundo. Tema con variaciones.

* * *

“Los andinos primitivos, en muy remotos tiempos, adoraron las montañas. En el Ande boliviano “Illimani” fue consagrado a la Luna; e “Illampu” al Sol. Aquel se nombraba El Resplandeciente; éste el Centelleante. Ambas deidades telúricas relacionadas con la Luz”

* * *

Si miras largamente, hondamente al Gran Nevado, sentirás que él entra en ti. Y en lengua órfica te serán revelados sus secretos.

Nayjama

1

Era un niño todavía. Los grandes bultos de los cerros no lo inquietaban: estaban ahí simplemente. Lo placía lo inmediato, lo que podía aprehender con sus sentidos en veloz intuición.

Un día, cansado de jugar, trepó a una colina y desde ella miraba distraído el paisaje. Era todo tan bello, encajaba tan armoniosamente en la tarde serena, que se le antojó estar sumido en un cuento de hadas.

1

De pronto alzó los ojos a la lejanía: un muro de rocas y de nieve le cerraba el horizonte. El Nevado se erguía protector y amenazante a la vez. “Mientras yo esté aquí —parecía decir— nada te pasará de malo. Cuando te fatigues de contemplarme habrás comenzado a envejecer.”

Y así fue como Nayjama supo que “Illimani” le estaba destinado; y él al Gran Nevado.

Porque el diálogo que se inicia en el mirar es el más profundo, el más certero. Y quién de niño se acercó a la Montaña sabe que la Montaña es arca santa de revelaciones.

2

Su nombre indio — el mejor y más significativo de sus múltiples nombres — quiere decir El Que Resplandece. De lejos, siempre lo ví majestuoso, nítido, fascinante. Más cuando me aproximé desde las cimas de cerros cercanos, se envolvió entre brumas, a la defensiva. Quería ser presentido, no violado. El nevado inaccesible es mi gran tema. Lo presiento — lo recuerdo tal vez— es mío. ¿Cuándo podré entender sus claves de roca y hielo, de altura y pesadumbre? Poco importa. Yo sé que estamos destinados a entendernos antes de nosotros mismos. A él llegaré... Hay mucho y difícil camino por hacer; pero viéndolo y absorbiendo su mensaje de luz y de belleza cada día, él crecerá en mí hasta el Verbo. La teogonía andina baja de sus nieves. Aprenderá a descifrar los mitos abolidos del alfabeto telúrico.

3

Los nevados son fuerzas sagradas, dioses manifiestos. Pero siempre hay uno que señorea la cabalgata de las cumbres. “Illimani” es el Caudillo del Ande.

Ahí está: frente a todos, soberbio, inmovible, envuelto en su regia vestidura de nieve y de basalto. Inmenso guardián inexorable. Parece un sueño de la forma. Y a veces, en la pureza matinal o en el silencio de las tardes, cuando la luz pelea con la sombra sobre un encrespamiento de montañas, parece también un dios lleno de majestad y poderío.

De niño Nayjama preguntaba:

—Padre: ¿Por qué es tan alto? Parece que fuera a caérsenos encima.

Y su padre respondía:

—Te parece muy alto porque tú eres muy pequeño. Aguarda a crecer y le perderás miedo.

Nayjama miraba de soslayo, aterrado por la proximidad de la mole.

Pasaron los años: el niño se hizo hombre, ya no tiene a quien preguntar, pero el antiguo temor se ha trocado en sólida confianza. Nayjama mira el monte insigne como se mira una imagen en el templo: con amor, con esperanza. Un sentimiento religioso se apodera de su alma y la eleva, cada vez que sus ojos tropiezan con la mole abismal.

El que indaga, el que ahonda, se sumerge en el misterio de los nombres.

“Illimani”: el Resplandeciente — dice una leyenda kolla.

“Illimani”: el de las Aguas Múltiples — refiere otra.

“Illimani”: el Más Grande de los Cóndores — añade una tercera.

Y sigue la cadena sin fin de los nombres remotos y modernos de la montaña fabulosa.

¿Es el mito solar, la clave hidrolátrica, el tótem que encarna y trasciende el sentido de la tierra? ¿Es sueño, es realidad?

“Illimani”, Padre Nuestro, amigo y maestro — piensa Nayjama cuando al conjuro de la aurora va a beber virtud y fortaleza en sus flancos de plata.

Luego llama a sus puertas titánicas ansioso de saber, y el dios desconocido contesta desde una dimensión de hondura:

—Espera, Nayjama, espera; todavía no es tu hora.

Y ambos guardan el secreto. Porque está escrito que un día la criatura fugaz alcanzará la eternidad de la Montaña.

4

¿No fijaron los egipcios en sus pirámides por medio del triángulo equilátero la comprensión geométrica del mundo?

Atisbad el triángulo sacro que corre del “Illampu”, al “Illimani” y al “Sajama”: es el nudo del tiempo mítico. ¡Dichoso aquel que pueda desatarlo y descifrarlo. Y un último misterio: “Illimani”, el indescriptible, la Montaña Perfecta en la imperfecta cordillera, reserva y anticipa a un tiempo la belleza esotérica del Ande. Supremo manantial de formas, de luz, de pesadumbre de donde brotan y a donde convergen todas las deidades nevadas, porque sólo frecuentando el éxtasis visual que irradia de sus cimas, sólo absorbiendo la interna armonía de sus líneas, es lícito seguir y descubrir la majestad del tiempo ido.

“Illimani” es el gran Achachila o abuelo legendario.

5

Se asomó a la ventana. En el cielo lunado, “Illimani”, el jefe inmarcesible, custodiaba la noche con sus tres gibas sagradas. Salió a su encuentro. Absorbió la lección callada de nobleza del Sacerdote de Nieve y de Basalto. Abajo la ciudad de cien mil luces parpadeante fingía una bahía maravillosa. Arriba el enjambre de estrellas aercadas Dios al corazón. Y Dios, ciudad y sacerdote decían dos palabras longuivalentes de amor y sabiduría:

—“¡Atrévete, atrévete!”

Y el monte nevado inalterable, que sufre en el tiempo y comanda en el espacio, enseña —para siempre— que almas montuosas y montes como hombres crecen en misión de pesadumbre.

“Illimani”, el Fascinador, el que deleita, el que asombra es también el enseñante prodigioso que conduce al dolorido magisterio del profundo pensar.

Y está escrito que la voluntad erguida como la montaña es designio de varón y conductor.

6

Y el Nevado imponente, que cita su armonía al paisaje bajo esplendor lunar, es también el viejo centinela, el joven guerrero inmarcesible que impulsa a los conspiradores y a los defensores del poder.

Es por dormirse a sus pies, por despertarse al clamoreo de sus cúspides nevadas que se hacen y deshacen las revoluciones. ¡Padre Illimani, protégenos! Indios somos de origen y de sentimiento. Que a tu sombra florezcan las khantutas rojas de nuestra sangre.

7

El paisaje urbano no es, ciertamente, muy extenso, pero la cuenca que lo contiene sí: rica de sorpresas. No contornos lineales de mar, lontananzas rígidas de pampa. Mas bien el horizonte voluble, de magias circulares, abierto y cerrado en todos sus ángulos.

Horizonte movable, de altibajos, como si el anillo gigantesco de cerros y quebradas que ciñe la ciudad imantara la mirada a cada instante. Pero entre las últimas calles del perímetro urbano y la línea elevada, tensa, lejana del altiplano y las montañas, se abre un reino misterioso que tiene fin... Esa zona despoblada casi, esa orografía accidentada son como el alma de este paisaje sublime, la región intermedia que aproxima la ciudad de los hombres, prendida en la desgarradura andina, y la morada de los Dioses suspendida en el vértigo de los nevados impasibles.

Cuando el Monte Tutelar se pone a travesear con las luces y las sombras, peloteando nubes los poetas y los niños recogen el idioma de sus juegos.

Me echo a rodar por las calles, trepo cuestas, bajo pendientes, doblo recodos, asomo a las perspectivas abiertas de las avenidas, o me deslizo en las gargantas de las calles coloniales: de todas partes me sorprende el bulto armonioso de roca y nieve que escamotea y muda sus formas a medida que se mueve mi ángulo visual.

Nadie puede andar por la ciudad sin la compañía inevitable de su gigante guardador.

Llega de cualquier modo, brusco, lento, aparece, desaparece, o se da en la majestad impresionante del impacto directo: cuando fulge como un dios en el crepúsculo sangrante. Domina y deja libre la ciudad. Un compañero desmesurado sigue mis pasos. Está ahí, aquí, allá, al alcance de la mano, lejos del ojo, presente, omnipresente, como si fuera puerta y corazón de la ciudad.

¿Cuántos son los que conocen los secretos del tabernáculo geológico?

Visto de ciertos parajes o rincones, el gigante muda de apariencia. Dice nuevas palabras. Por las mañanas una oración de salud y de esperanza brota de sus flancos. Al mediodía es el dictador tranquilo de las formas. Al atardecer ordena y desfigura los filos y las sombras.

Una sola mirada al coloso armonioso y me siento invadido de fuerza y de belleza. O medito en larga contemplación de sus cumbres remontadas, y me parece estar tocando las puertas del Misterio...

“Illimani”: esa catedral esculpida en la Cordillera.

8

También el Gran Padre Blanco conoce tristezas, pesadumbres. Suele cargar con la iniquidad y la miseria de los pobladores de la hoya. Sufre como ellos, sufre por ellos. Absorbe sus secretas corrientes pesarosas. Se cubre de nieve para esconder su llanto y su amargura. Entonces los días grises, los helados vientos, la atmósfera saturada de electricidad.

Y esos crepúsculos que lloran sangre, esos encuentros trágicos del día y de la noche, esos combates a espada de la luz y de la sombra, al pie del Dios Inmóvil, son en verdad el dolor del mundo, la pesadumbre de la urbe que acuden al numen tutelar en demanda de amparo y de consejo.

“Illimani” sufre y comparte con nosotros. Venerarlo. De sus cimas empinadas baja la Vida, baja la Muerte, hermanas del quehacer humano. Compréndelas. El gigante que las guarda las enaltece.

9

La montaña fué deidad y símbolo a la vez en el remoto pasado andino. Y es que “Kollo”, en aimára litúrgico, significa el cerro que adorarás. Y en habla oculta trasciende a “puerta” o acceso a lo desconocido.

“Illimani”, el Gran Señor de las Nieves, era, en tiempo lejanísimo, la Gran Puerta, la que conduce al País de Donde Nadie Regresa. “Por ahí se va al Misterio” —pensaba el aimára y nadie osaba escalar sus cimas enhiestas. La gran masa de piedra y hielos era el centinela inmutable que separa y al mismo tiempo reúne lo presente con lo ausente.

Tiempo hubo en que “Illimani”, dintel de lo incomprensible, sublimó el enigma cósmico y se dedicó a la Luna, astro de la Noche, en tanto que “Illampu”, el otro tatarabuelo de las edades fue consagrado al Sol, señor de los días. Porque ambos nevados eran en verdad dioses telúricos, benéficos y destructores alternativamente de los andinos primitivos.

Y en el vano que se dibuja en el trazo del trapecioide —la forma habitual de los montes— flota una lámina de aire y de silencio cuyas vibraciones delicadísimas sólo recoge el ensimismado en el enigma de la tierra y su mensaje.

Y el kolla que se sumerge en su suelo y transubstancia con el monte, es el supremo hierofante que se niega a transmitir su ciencia ignota, sapientísima, porque se ha de hablar para el que asienta y profundiza, no para el que pasa.

Y montaña, puerta, trapecio significan lo mismo. “Illimani” petrificado en su castillo de nieves en su seno tempestades geológicas y el archivo de proezas y desventuras humanas.

Pero agrega Nayjama, el Buscador, que se requieren 30 años de búsqueda apasionada, de concentración y de silencio para entender el alfabeto incógnito del Ande y su habitante.

10

El Gran Coloso de Nieve cobija, paternal, los sueños y desvelos de los hijos de la urbe. “Poesía de montañas tan grandes para hombres tan pequeños” —expresó un crítico pesimista. No es así: porque las hay grandes, nobles, penetradas del sentido heroico de la vida aunque no siempre la victoria corona sus esfuerzos. Y el Navío Blanco inmovilizado en los hielos conoce y protege a los nautas del riesgo y la aventura. Porque son suyos. Y uno son la grandeza del nevado y el dolor del hombre que trabajan para el tiempo. “Illimani” custodia las hazañas del paceño. Su materia es la revolución de las formas. Imítalo: moviendo, deshaciendo, rehaciendo perdura el hijo de las cordilleras. Que tu vida tenga grandeza y movimiento de montaña.

11

Tu también, Padre armonioso quisiste cambios. De tus gélidas cimas vino el mensaje de ternura. “Hillimana Culcachata” — la sierra hecha de nieves — quiso conocer el gozo de la clorofila, la beatitud botánica. Y comprendiste mejor a tus criaturas cuando las viste modificadoras de su natural arquitectura, ansiosas de verdor y de color.

Y no es verdad que sólo nos mandes ventarrones corrientes frías, rayos y relámpagos. Porque después del trueno sucede la bonanza. Y tú presides los grandes días cálidos, las mañanas serenísimas, las hondas tranquilas. Y eres como más noble y majestuoso mientras los

oscuros arboles se tienden a tus pies. Y las plantas crecen al sol que la vivifica. Las flores como guiadas por los círculos magnéticos que esparce tu compás de nieves.

¡Oh bosque sobre bosques de petrificadas arboledas!

Inaudita presencia: moviliza tus gérmenes secretos. "Illimani": catedral de las formas: subyúganos, condúcenos.

Y como llegue la hora del último frío, seas tu sepulturera y monumento del hoyo y del hoyero. Así sea.

12

Es el Gran Confidente, el que recoge toda la amargura de los días desafortunados, las cavilaciones nocturnas, las lamentaciones y reproches de los quejumbrosos, el que abre sus plumas níveas como un pájaro colosal capaz de albergar el dolor del mundo y la tristeza de sus gentes. El que recibe las invectivas de fracasados y desventurados que lo inculpan de gelidez e indiferencia:

—¡Oh tu, estatua empedernida, nada hay que pueda conmovier tu monstruoso silencio de hielo y de basalto!

—¡Cuántos crímenes contemplaron tus pupilas glaciales!

—Cementerio helado, tus vientos esparcen pulmonías y catarro, tus hielos nos hacen insensibles y malvados!

Quejas injustas, reproches sin causa. Porque "Illimani" es mas bien el Gran Mago que encanta las horas y desencanta el Mal. El Amigo Fiel que no se inmuta por las amargas quejas de los incomprensivos. Está acostumbrado a cargar con humanos quebrantos. Si no pudieran rebelarse contra su alta soberanía ¿a quien acudirían los cuitados? La fortuna, deidad diurna, los torna reconocidos, ternurosos. La desgracia, numen nocturno, los vuelve ingratos, desafectos. Son sus hijos: debe aceptarlos, protegerlos, en la dicha y en el infortunio. Entenderlos, que es la mejor forma de amar.

Montaña insigne, la muy amada, la robadora de corazones, madre magnánima, incomprendida, invectivada. Perdónalos.

El Gran Nevado es un estado de alma. El huracán petrificado de la materia. Y en las horas oscuras, cuando se embosca de nubes y de lluvias y el trueno repercute en sus flancos, y los relámpagos danzan como vírgenes locas en sus vertiginosos ventisqueros, "Illimani" es el oráculo final donde está inscrito el destino de la ciudad portentosa y la suerte de cada uno de sus hijos.

Y el que habitó un tiempo junto al gigante protector, ya jamás lo olvidará.

13

"Illimani", en los amaneceres: un Dios de Luz que infunde viril energía a los cuerpos. A la caída de la noche: el Profesor del Misterio que se refugia en el hondón de las almas.

14

El Monte Tutelar, contemplado desde Achokalla, esa hondonada en declive de la cuenca paceña.

Se lo divisa soberbio y próximo, ostentando sus perfiles con persuasiva nitidez, solo Señor descomunal del augusto escenario. El Gran Nevado enarca su imponente geometría. De parte alguna se lo ve mejor ni más bello: Achokalla es el plinto misterioso para tamaña majestad. Es el reino de la grandeza en movimiento: el suelo todo como se hincha y se remonta, cerros y montes sostienen y enaltecen la presencia del Monte Mayor.

“Illimani”, entonces, surge en la mañana invernal con la fuerza sagrada de una deidad avasallante. Lo sabe todo: dicta el equilibrio del paisaje, pasma al hombre y lo sitúa en aminorada relación con la alteza y pesadumbre del paisaje.

Míralo desde el cuenco indio, soberbio, mayestático. Es la divinidad telúrica: sacerdote, maestro, soberano y amigo a la vez la montaña indescriptible, porque no ha nacido, todavía, el que ose transmitir los arcanos de su presencia portentosa.

Húndete en el monte formidable. Transmisora. Deja que la montaña se aposente en tu espacio interior. Y si pasas por Achokalla agradece a los “Apus”, señores del paisaje, que te hayan permitido esta intrusión en la intimidad del Titán.

No es hipérbolo: el monte más hermoso del planeta debe erguirse donde la piedra es tempestad, cólera el vacío, y sin embargo grandeza quieta la forma admirada y el ojo que mira.

15

Y esa presencia colosal que deslumbra tus días y reviste de majestad tus noches, severo conductor, callado acicate para el agitado y para el tranquilo, es otra forma del misterio que puebla la inquietud del hombre.

Por que antes hablaron los Nevados. Fueron dioses. Y ahora, abolidas las antiguas deidades, quedan las moradas telúricas como testimonio de su hacer y su palabra.

16

Ese monte proteico, indefinible — azul y nieve, oro y rosa, violeta y púrpura, verde y azafrán, celeste y solferino — es también el coro de las almas de los héroes del tiempo antiguo, cuando reinaba “Aka-Pacha-Urake, la Piedra que señorea la Tierra.

Y si miras en la hondura del gigante, “Illimani” responderá:

—Calla y absorbe, tu alma es puente vivo. Alcanzarás la otra ribera si sabes persistir.

17

Eso que ahonda el pensamiento, eleva la voluntad, y afina la sensibilidad. El gran enseñante silencioso. “Illimani”.

18

El otro, el político mayor, rey de los tiempos, gobernador del espacio se alza en lejanía como ignorante de la hazaña y de la miseria humanas. Mas las inscribe todas, en sus vetas minerales, las despeña en sus aludes, las esparce en los ríos que bajan de sus cumbres, las arroja a los vientos que estremecen sus flancos. Y en los azules ventisqueros o en los filos enhiestos, como grandes corales solemnes, circulan las ansias y las voces de los pequeños hijos del Monte Secular. El providente que para cada uno significa asilo y descansadero sin término. Porque lo mismo el desterrado que añora el trébede sus cimas que sostienen el cielo, o el embriagado que culpa a la suerte de su desgracia, rinden mente y corazón al Gran Confesor, al padre comprensivo

que reconoce todas las cuitas, entiende los sueños más descabellados, mezcla y ordena las mil barajas dispersas de la existencia.

Es el verdadero Padre de Familia. El demócrata sin restricciones que iguala a todos en la grandeza de su presencia inevitable. El amigo sin mengua, desde que nacemos hasta que desaparecemos. Siempre el mismo.

Porque "Illimani", ara indescriptible, es templo y libro, canto y oráculo a la vez. Lo sabe todo. Y en las olas congeladas del Mar que fue otro tiempo, duermen los sueños y los himnos del pueblo enclaustrado que un día romperá su soledad y sus cadenas.

19

Al fondo, en la cordillera, salvando el espacio agorafóbico, recorta su cima altanera "Illimani", sacro nevero del ancestro.

Emerge la montaña de un cielo de cristales azules, toda ella imagen de la serenidad armoniosa, de la majestad inmovible, de la belleza pura y fuerte. Es ciertamente, un dios penetrado de fuerza y de hermosura. Una masa titánica que se agita en raptos escultóricos.

¿Quién rige el desorden colérico de la hoya paceña? Lo desmedido en lo perfecto. "Illimani" es un monte de montes. Su gran masa trapezoidal se eleva como un castillo de virtud empinado sobre los contrafuertes cordilleranos. Mirando desde La Paz, evoca la perfección de la estatuaria helénica; visto de Cohoni finge la irrupción violenta del bloque miguelangelesco, informe y abrupto, a medio construir.

Pero estamos contemplando al Nevado Insigne desde el altiplano. Detrás del muro formidable de nieve y de basalto se adivina la tempestad quebrada de las formas geológicas; viendo al norte, la tempestad también, petrificada y sosegada en un sopor catedralicio. Falda y flanco suben con pasión de mar enfurecido; la cima tricúspide semeja un himno de quietud. Frente al monte solitario y silencioso se sobrecoge el ánimo bajo ese sentimiento panteísta que el mismo Goethe no podía dominar cuando al ver una montaña venerada lo sorprendía la gravedad inalterable y el silencio de la naturaleza.

He aquí: "Illimani" en su potente juventud pagana, dios mítico del Ande que vió nacer y perecer imperios. De sus flancos nacen las lluvias, se desatan granizos y huracanes, en sus rocas aristadas se rompen los vientos. Encarnación telúrica de Zeus omnipotente rige el paisaje con fuerte pesadumbre.

En el perfil cimero donde se apiñan las cúspides airosas, la luz ensaya sus apasionadas más audaces: nieve, turquesa, ágatas, berilos, amatistas, fulgor róseo, topácico, zafírico, purpurino. Forma y color maridan tan armónicos, es tan viva la impresión que causa esa escultura palpitante, que en la lumbre crepuscular la presencia illimánica se torna esencia: mira el ojo, escucha el oído, sutiliza el olfato, táctiles devienen los sentidos; y el alma gusta las radiaciones misteriosas del titán distante, ozono de mitos y de vértigos vibrátiles.

Si lo sienten en profundidad, mirar al Gran Nevado es un rito religioso. Antropología telúrica o lo geológico que se espiritualiza. Yo diré que mirando, admirando al "Illimani", se levantan los velos de nuestra América enigmática y del Ande misterioso.

Porque el Monte Perilustre es el alfabeto congelado de las "sophias" más remotas y los arcanos desvanecidos.

20

En la noche lunada emerge la gran masa pálida del Caballero de la Patria, magnífico, imponente, haciendo guardia bajo las estrellas a la diosa invisible que amarra y engrandece los corazones con su hálito inmortal.

21

La gran montaña es una forma, un símbolo, una expresión alternamente quieta o animada de la deidad escondida. Y el Nevado Perfectísimo — plutónico ayer, ahora sereno, de plástica hermosura — es centinela y puerta de los tiempos felices que vendrán y por los que exige esfuerzo y fidelidad.

22

Lee en la roca, en la nieve, en el vacío. Escribe, inscribe tu ambición y tu ternura en las del Cóndor Blanco que vigila al este de la ciudad incomparable.

23

Si eres agradecido, si deseas manifestar a los dioses tu reconocimiento por haberte permitido diálogo sostenido con el Achachila Mayor de la Insigne cordillera, dí que sólo el genio desaparecido de Bach, de Haendel, de Beethoven, en sublimes músicas señeras, en raptos sinfónicos catedralicios, podrían transmitir la majestad y la grandeza del coloso eternamente vestido de blanco.

24

“Illimani”: esa música largamente aprendida que requiere una vida, un amor, una estrella para llevar la palabra de Dios al corazón del hombre.

25

Cuando el hombre oyó la voz de la Montaña, púsose en marcha como flecha hacia su blanco.

Y fue que Mateo Montemayor partía en la búsqueda final.

Caminó desde la aurora hasta los últimos oros del poniente. Era la hora séptima. Detúvose a corta distancia del Nevado Maravilloso cuya materia poderosa se agitaba en ondas fugitivas. Y alzando la vista miró, miró como nunca hombre alguno hubo mirado. En la augusta soledad crepuscular sólo se escuchaba el tumultuoso corazón del hombre y el lento respirar de la Montaña.

Sintióse Mateo lleno de pavor, infinitamente pequeño, solo y desamparado frente a la tremenda grandeza del monte. Esa terrible solidez de la materia. Ese poderío gravitante. Esa pesadumbre y majestad anonadantes. Pero siguió mirando en desafío, valerosamente hasta que le pareció que la colosal masa de nieve y roca se movía lentísima mudando de apariencias. De pronto una catedral se fué insinuando en la plástica armonía de los hielos. Y monjes misteriosos encendían luces secretas en el laberinto de oscuros corredores mágicos: delirios de la púrpura, tintes vagos del gris y del violeta, oros fuertes y oros trémulos, pálidos verdes, tonos del azafrán y del jacinto, azules metálicos, ultramarinas celestías, manchas de escarlata. Se encendían millares de luces, millares de luces se apagaban. Colores que transfunden en colores, tonos que transmigran a otros tonos. Multicolor algarabía. La tierra, en sombra, lo destacaba todo. El cielo,

diamante azul, la nieve ebria de luz todo lo fundían. Luego el batallar cromático se fue fijando en pulverulentas agonías: un tinte róseo hizo frontera entre la tarde y la noche.

Entonces Montemayor sintió la voluntad imperiosa de ingresar a la imponente catedral de porcelana rosa que se fue haciendo transparente, transparente hasta que la interna geometría de sus formas se dibujó detrás de los nítidos vidrios de la nieve.

El hombre avanzó algunos pasos y bruscamente al catedral se desvaneció ante sus ojos: vióse otra vez sujeto al terror sagrado del cerro y sus enigmas. Mas su anhelo no cedió y quiso entrar al Gran Nevado con el mismo fervor que había deseado invadir la catedral de rosa transparente. Siguió avanzando con paso firme, y a medida que avanzaba aminoraba el monte y crecía el caminante. Era como si la gran masa sombría y luminosa se fuera disolviendo en su nervioso y diminuto cuerpo. Era como si su cuerpo diminuto y nervioso se transfundiera en el monte titánico y sombrío.

Silbaron los vientos, retumbó el trueno, un coro de relámpagos coronó las cumbres. Mateo siguió su marcha impávido, sumergiéndose en la colosal desarmonía. Cada paso más difícil que el anterior; lentamente, dejando atrás la jauría de los terrores y la gavilla de los asombros. Era el siervo fiel, el siervo intrépido saliendo al encuentro de un dios omnipotente. Cuando llegó junto a la montaña, pareja en estatura de su ambición y su locura pudo mirarla frente a frente, cara a cara, deseo con deseo, porque su deseo era también presencia de montaña.

Y el hombre entró en el Monte. Y el Monte entró en el hombre. Transfundieron.

Cuando Mateo hubo traspasado la Montaña se sintió henchido de su inmensidad y poderío. Quiso gritar, quiso danzar de júbilo. Mas sus nervios no le obedecían, sus músculos se petrificaban, su sangre se detuvo. Una quietud helada de nieves fué cayendo sobre su nuevo ser; sólo el pensamiento seguía latiendo en su inmensa grandeza desolada. Y visto de lejos, Mateo era un vertiginoso promontorio majestuosamente erguido hacia el poniente.

Miró el transformado hacia el levante, y vió que el Monte que atravesara se empequeñecía rápidamente hasta convertirse en un puntito negro que se ponía a caminar. Y la Montaña-Mateo sintió que algo del Hombre-Mateo se alejaba en ese puntito presuroso. Y el gigante recién nacido lloró por el gigante desaparecido.

Y una voz dijo desde un tiempo sin tiempos:

—Mateo Montemayor: un día te llamarán Mateo del Ande, porque tu pasión suma hizo en el diálogo constante de hombre y monte la armonía final del poblador que se integra en su morada.

Y la Montaña miraba al poniente. Y el hombre avanzaba hacia el levante. Hasta que un día infinitamente lejano se vuelvan a encontrar. Porque si el hombre siente con ímpetu de monte, hay montes que vibran de pasión humana. Transmigran lo colosal y lo minúsculo. Y está escrito que si un alma se apacigua en el sosiego de la piedra, puede la piedra volver a la movilidad del alma.

Pasarán los milenios, pasarán las tempestades geológicas, pasarán los torbellinos del hombre y su destino. Y habrá siempre un sueño como un monte en el ardor del soñador y un titán esculpido en el Nevado Prodigioso. Despiértalo.

Existe una montaña que sirve de acicate y recompensa a los audaces. Y de alivio y protección a los indefensos. Pero hay que mirarlo largamente para entender su lengua pétreo.

“Illimani” un palacio de zafiros, amatistas y alabastros.

Tuve un gigante por maestro.

En los amaneceres irrumpía brusco y fantasmal.

Fulgurante al mediodía:
escudo de oro y blanco en campo azul.

Y a la hora crepuscular pintor de jades.
Severo y bondadoso alternativamente
como lo sugerían los sucesos.
Me enseñó la difícil permanencia
del carácter estable, la altivez, el orgullo,
la trágica grandeza taciturna
que brota de la soledad, del silencio, de la búsqueda.

El panteón de los dioses y los héroes
dormía en sus flancos de nieve y de basalto.

Podía inspirar tormentas y relámpagos,
cóleras atrevidas como mares en tumulto
y también suavísimos poemas,
rumores de música en sordina.

No me dejaba en el día ni en el sueño:
poderoso, inmanente, delicado, incitador
de hazañas y desplantes.

Jamás cerrado a la confianza,
absorbía dichas y quebrantos, lágrimas, risas.

Colmaba el espacio, detenía el tiempo,
insinuando la eternidad en sus tres cúspides.

Me dio saber, rectitud, coraje, fortaleza
valores masculinos; y también la paciencia sagaz
y el poder desdeñar a los mezquinos.

Hacía surgir las palabras, consejos, advertencias
del río de las meditaciones.

Sólo pedía ser mirado. Y pensado.

Amaba las interrogaciones y era pronto
en las respuestas.

Oráculo y profecía. Omnividente
lo abarcaba todo.

Siempre latía el misterio detrás
de su magisterio sin palabras.

Por él supe las revelaciones del espacio
y de las formas. El poderío de las cumbres

y los ventisqueros. Los juegos de la luz
en las torres de almenas y pináculos
que la distancia enarca de enigmas y sospechas.

Pero también ciencia de vida,
la magia del dolor que desgarrado resucita,
la pena y la ambición, el dardo de los heroísmos,
la leal amistad y la curiosidad inextinguible.

Me daba su pesadumbre, el vuelo petrificado
de sus alas en reposo. Y la majestad
de su presencia oceánica.

Nunca me abandonó. Leal, adusto, firme, comprensivo.

Toda la gama de amor y simpatía en sus flancos.

Me forjó luchador y soñador, apto para las grandes
victorias y para las terribles caídas.

Verdad, justicia, belleza, fantasía formaban
el coro de sus voces más sugeridas que escuchadas.

Y en el pasmo de las contemplaciones
me asombró de su poder y su sabiduría.

Clave del universo. Imán para el Espíritu.

Sapientísimo Señor de las Edades. Joven
instructor de la madrugadora esperanza.

Se llamaba "Illimani, el Resplandeciente". Y de
apellido "Emperador de la Cordillera y de las Almas."

29

Suele enfadarse, o quiere estar solo. Entonces se recubre de brumas y de grises. Anchas nieves coléricas lo ciñen y esconden. Nieva. Llueve. El Gran Maestro de Luz se sustrae a la adoración de sus fieles. La melancolía nos envuelve. Un día, una hora sin la presencia de "Illimani" es un castigo. Y cuando el Nevado hermosísimo reaparece, la confianza y el júbilo retornan al espíritu. Compañía inmortal; la que jamás fatiga.

30

Una montaña, Madre del Misterio, si sabes interrogarle te revelará muchas claves aunque no puede transmitir las todas. Sabiduría ancestral del Gran Nevado: todas las proezas de la Tierra y del Ser Humano duermen en sus pliegues.

31

"Illimani": podría ser, también, el Castillo de las Transfiguraciones. Y en un sentido esotérico, la marejada que se inmovilizó en montaña.

32

Ignoras su parte demonial. Visto de Cohoni, es feo, deforme, tiene un rostro brutal y amenazante. Pero esto no se mira desde la ciudad que sólo se beneficia con el anverso del Monte. El reverso disforme, aterrador, está detrás.

Si los quieres trepar tendrás que cuidarte de los broncos aludes, de los vientos lacerantes, de las grandes hendiduras, de la nieve traicionera, celosa, que siempre tiende a descabezar audaces.

Te acercas demasiado a su grandeza y ella te absorbe: ya no eres nada, nadie.

Como Jano tiene dos caras. De lejos, desde la urbe andina, es hermoso, solemne como el templo griego. Desde Cohoni y acercándote mucho a la mole formidable un monstruo de mandíbulas feroces amenaza devorarte.

Pero si lo atisbas desde la cabina del avión, puedes contemplar la doble faz del gigante, símbolo plástico de la ciencia del Bien y del Mal.

El Gran Achachila, el viejísimo antepasado, lo mismo puede ser genio benéfico que numen destructor.

No te mofes ni menosprecies al Coloso Inmutable: conoce la magia de torcer destinos.

33

En cierta manera y en tiempos variables, se intuye un trapecio de perfección pitagórica entre el Sol, la Luna, el Monte inmóvil y el Hombre que mira. Los juegos plásticos, cromáticos y musicales que brotan de ese concierto de astros y térreas presencias, sólo para iniciados.

34

¿Es hijo del fuego porque brotó de un volcán? Criatura del mar porque petrificó el embate de las aguas? ¿Fue tallado por el cincel de los vientos? Algo de todos tres, pero de origen y en esencia fundamentalmente telúrico. "Pacha", el Dios Cósmico del Ande lo configuró hijo de la tierra, sublimación del suelo.

35

En cierta época del año el astro nocturno surge detrás del muro illimánico. Por eso fué consagrado "Illimani" a la Luna y adorado como deidad de la Noche.

36

La montaña Meru, pensaban los antiguos, es la clave del Misterio.

El mismo sentido le dan los esotéricos actuales. Ella es la llave que comunica Cielo y Tierra. El Ojo Primordial que todo lo mira y conforma todo.

Pero sucede que la Montaña Meru es una y múltiple a la vez: puede estar en todas partes sin estar fijamente en ninguna. Lo mismo una realidad concreta que una alegoría, una presencia visible o una invisible fuerza oculta, un símbolo poético o una inmanente verdad.

Y ocurre que su condición Geográfica es tan difícil de precisar como su ulterior significado.

La Montaña Meru está en la raíz de varias religiones y se alza excelsa en rapsodias y mitologías.

Madre todoparidora se desdobra, se proyecta, se desplaza en figuraciones innumerables: está aquí, está allá, se multiplica y se divide. Solo que lo advertimos.

Para el osado buscador ella jamás se aparta de su mente ni rehuye los ardientes anhelos de su voluntad: ¡debe encontrarla! Pero entre millones uno solo es el elegido para la revelación final. El que supo buscar ahincadamente, el que supo padecer, el que cayó cien veces y cien volvió a levantarse, el que nunca cejó en la tenaz persecución del Edén montuoso.

Aquí, en nuestra América, por el Ande tempestuoso, la buscaron muchos. La montaña asiática transportada a monte americano: ¿podría ser?

Y fue que muchos veíanle sin verla, la presentían mas no alcanzaban la longitud ritual de sus transfiguraciones. ¿No dice el Trismegisto que lo de arriba es igual a lo de abajo, lo femenino a lo masculino, la luz a la oscuridad, la fuerza a la delicadeza?

Las Grandes Verdades del Oriente Místico se han desplazado al Nuevo Oriente Pánico de la Gran Cordillera. Y hoy se indaga en lo indio y en lo andino escrutando en la piedra y en el silencio de los milenios aquello arcanos coléricos que trasuntan los nevados inmemoriales.

Nayjama sentíase desalentado: medio siglo contemplando, admirando, interrogando al Monte Insigne sin obtener la respuesta fundamental. ¿Qué es, finalmente, "Illimani"? ¿Por qué su presencia colosal asombra y abruma? ¿Qué energías secretas trascienden del diálogo inmortal de nieve y roca? ¿Por qué se lo constituyó guardián del Hoy Secular, Angel tutelar de aventureros y soñadores?

El solo placer estético no basta. Ni la devoción semirreligiosa del oficiante. Ni el tributo cotidiano del mirar ensimismado. Ni la ofrenda matinal ni el cáliz nocturno. El cerro prodigioso roba todas las energías y las devuelve acrecentadas.

Imán de imanes absorbe todas las preguntas, responde algunas mas guarda celosamente su genealogía esconde su misión redentora, su doble enlace con el Cielo y con la Tierra. Nadie traspuso el linde de su misteriosa interioridad.

¿Es un ser vivo, es una mole inerte?

Un día de días, contemplando la efigie armoniosa, Nayjama fue tocado por el Espíritu Santo de la inspiración. Miraba al Monte insignie hondamente... Pasmado por la telúrica ingeniería... Sumergido en su magia cósmica y al mismo tiempo rejuvenecido por su poderosa arquitectura...

Así comprendió que la Montaña Meru de las antiguas teogonías es en verdad el Monte Illimani, parte de los ritos andinos, de una antropología telúrica que apenas despunta en el horizonte de los buscadores de verdad.

Esa tremenda potencia visible tiende un velo de misterio sobre otra mayor, invisible, que la engendra y da sentido.

Illimani es la clave de los enigmas.

Quien más lo mira, quien más lo frecuenta, se aproxima a la cara móvil de la verdad que huye de los filósofos para entregarse a los poetas.

Es el amigo fraternal que jamás abandona al desolado y enaltece las hazañas del victorioso. Compendio del mundo, trasunto cósmico, es el trance supremo en que materia y espíritu se enlazan y confunden. ¡Míralo, péntralo, ábrete a su invasión poderosa! "Illimani" llama y contesta.

Más sobre la Montaña Meru y el Monte Illimani.

Sobre aquella se dijo mucho; sobre éste hay tanto por descubrir...

No conocerás nunca a Illimani en plenitud, aunque ya lo conoces desde el día primero. Es la exaltación de lo visible y la anunciación de lo invisible. Encierra el triple enigma solar, Lunar, terrestre.

Estupefacto te preguntas: ¿el Misterio es el Monte Insigne o el Misterio soy yo? El te lleva y tú lo llevas.

Mirando de frente, desde la ciudad, semeja un templo griego por la perfección de sus formas. Visto de atrás, desde Cohoni, finge el pandemonio de las mitologías hindúes.

Todo cuanto a él se refiere parece un cuento alegórico, una fábula preexistente, una presencia simbólica. Y sin embargo hay dos grandes manifestaciones vivas: Illimani-Visual e Illimani-Arcano. Todos ven al primero contados alcanzan al segundo.

Accesible al ojo es inaccesible a la suprema comprensión del cosmos. Único y múltiple se cierra al profano que únicamente contempla un bulto armonioso; sólo se abre al hierofante que tras largo peregrinaje de contemplación y meditación sueña que un día la puerta de lo invisible se torne visible.

Las viejas divinidades de los antepasados se hundían en el centro de la Montaña Meru para reaparecer, intactas al nuevo Sol Matinal de las verdades ancestrales. El viaje hacia las jóvenes deidades del Tiempo Nuevo es más largo, más difícil. Se hunden también en el punto nuclear del Monte Illimani pero su Segundo Nacimiento es nocturno: está en perpetuo cambio.

Hay muchas cosas que Illimani esconde; pero hay también muchas otras que puede entregarte si sabes pulsar las cuerdas de su interior orquestación.

El diálogo con la Naturaleza es un desdoblamiento del monólogo del Alma. De tanto buscarse ambos se confunden. Illimani es el puente que conduce del interior anhelo al material suceso. Y a la inversa.

La Montaña Meru absorbió la inquietud interrogadora de miles de generaciones. Monte Illimani, silenciado milenios, volverá a irradiar Luz Sacramental para muchas generaciones más.

Cuando aspiras el aire puro de la Cordillera, frente al Monte Insigne ignoras que estás aspirando polvo finísimo de estrellas junto al polvo corpuscular telúrico. Porque de cierto: tierra y cielo hacen al Hombre y la montaña le fue dada para acercarse al Misterio de lo grande que forjan infinitos pequeños.

Si el templo griego revela la suprema perfección de los antiguos, la arquitectura de "Illimani" trasunta la sabiduría constructiva de los númenes telúricos.

¡Qué Atlántidas insignes se alzaron de los mares y volvieron a hundirse en el océano! Las proezas de la Tierra exceden en número y grandeza las mayores hazañas de los hombres.

Esos montes que descendían al abismo submarino. Esas aguas que se transforman en límites terrestres. Esas guerras coléricas del aire y de los fuegos que convertían los imperios acuáticos en hermosos continentes, y los continentes en trémulos oleajes sobredores. Esas hazañas descomunales del Gigante Mar –Y –Tierra. Sólo mentes y ojos escrutadores de los evos alcanzan la proeza geológica. Y no es enigma menor que el Coloso de Nieve paralizado en el espacio sugiera los torbellinos de acción que conmovieron el cosmos siempre móvil y siempre diferente.

Ilíadas, Odiseas multiplicadas sin medida. Hazañas, héroes ancestrales que también los Personajes-Montes y los Seres-Mares tuvieron pasiones transfiguradoras.

Dicen las rapsodias hundidas en el Tiempo que la Gran Cordillera tuvo Reinos y Emperadores. El más grande "Illimani".

39

Como la montaña Meru del Ramayana, como el Monte Análogo de René Daumal, El Resplandeciente encierra el misterio que se fábulas de sí mismo. Faro de las edades es también el ímán de los espíritus poéticos. Y un día, cuando aparezca el Soñador Mayor alumbrará una epopeya capaz de eclipsar todo lo que hicieron los hombres y narraron las literaturas.

40

Sube y cae a un tiempo mismo. Es la fuerza mayor que se levanta hacia los cielos, es el ritmo veloz que desciende de las estrellas. Cuando el latino dijo: "grandeza y pesadumbre de cumbre" descifraba la victoria y el dolor de la exorbitancia solitaria.

41

—Cómo diréis ¿hablar montañas?

—Si — os respondo — con lengua pétrea y movimiento oculto. Hablan. Se mueven. Incitan. Acompañan. Enseñan. Pliegan y despliegan la inteligencia. Son ángeles astutos.

"Illimani" como todo monte insigne —es la encarnación del espíritu de la tierra que trasciende al espíritu del hombre y lo fortalece y purifica.

Nunca se agota la contemplación de su grandeza fascinante, de esa magia visual que genera sin cesar sus formas móviles e inertes simultáneamente.

En lenguaje órfico es un ejército de los "Apus" o guerreros telúricos de la gesta cosmogónica que fué petrificado en tiempo y espacio.

Para un sentir interior, en cambio, se revela el Buen Maestro que nunca termina sus lecciones porque se renueva y nos renueva sin descanso.

Me he aproximado a la Presencia Colosal y he preguntado:

—Gran Padre Blanco: ¿qué fuerza incógnita ligó mi pensamiento a tu tremenda majestad?

El nevado ha respondido:

—No ha sido una fuerza sino un designio del oculto destino. Miraste y fuiste capturado para siempre. Te encontré y elegí por pregonero de mi fama. Acción recíproca.

-¿Por qué precisamente yo?

—Porque durante milenios geológicos y generaciones humanas esperaba al Revelador llamado a descifrar claves de mi Reino de Rocas y de Nieves. Porque fuiste el más asiduo, el más leal, el veedor que interrogó más hondo al misterio de mi cercanía. No olvides que los Hados te trajeron de una isla lejanísima para arraigarte en la Gran Cordillera. Llamálo destino. Avatar. Enigma cosmo-humano.

Muchas cosas más dijo el Gran Padre Blanco que crecieron en mí como una montaña de verdad.

42

Durante más de medio siglo consultaste al Oráculo Erguido y él respondía siempre en su alfabeto de hielo:

—Busca, sigue buscando. La meta se halla próxima pero fue vedado precisarla.

El ojo no se cansa de mirar. El cuerpo todo vibra de entusiasmo. Y es la emoción tan honda que a veces me siento monte y lo entiendo a él un dios antropomorfo.

43

“Illimani”: el excitador de las almas inquietas.

44

El cerebro tiene 30.000 millones de neuronas. “Illimani” guarda 30.000 millones de sugerencias ideales.

¿Es un alma o una presencia gigantesca? Tal vez ambas cosas. Déjalas pugnar en tu interior.

Es algo muy sencillo: se trata de un mundo quieto-móvil.

45

Ese gran bulto armonioso ¿qué será? Una afirmación descomunal de la materia, o un espíritu poderoso que se esconde detrás de sus líneas titánicas? Te abrumba su consistencia material, te acosan sus irradiaciones. Acaso sea un Dios Recóndito que anuda lo visible y lo invisible.

46

La Gran Montaña es la encarnación del Espíritu de la Tierra que trasciende al Espíritu del Hombre, lo desconcierta y finalmente lo purifica. Jamás se agota la contemplación de su grandeza fascinante, de esa magia visual que genera sin cesar sus formas móviles e inertes simultáneamente.

47

—¿Qué haces absorto en el paisaje?

—Miro al Nevado Insigne.

—¡Cómo! Si está totalmente cubierto por las nubes. No se ve nada...

—No necesito su imagen visible; la llevo dentro y puedo proyectarla en cualquier tiempo o espacio.

48

“Illimani”: maestro de optimismo, otras veces compañero de pesadumbres. Su hermosa arquitectura trasciende a inmortal sabiduría.

49

Naciste a la belleza la primera vez que alzaste la mirada a su contorno prodigioso. Te irás llevándote la música de sus líneas benéficas. Intercambio genial: conoces hasta el último cristal de sus nieves. El ha resonando hasta en la última célula de tu cerebro. No te importan vacío, soledad, silencio, envidias. “Illimani” te guarda para el Tiempo.

50

Padre inmemorial de las edades y los imperios desvanecidos. Es el gran testigo inmutable. Recoge el pasado, absorbe el presente, captará el porvenir. ¡Qué historias, qué hazañas, qué dramas vieron sus ojos de hielo! En sus plegamientos rocosos geología y humanidad acumulan vértices de angustia.

51

El monte y el colibrí: no hay contraste mayor.

52

No se sabe si es más bello en la blancura tremulante de los amaneceres, en el azul profundo del mediodía, en la púrpura crepuscular o en la noche lunada y misteriosa. Dictador incansable de los colores muda con las horas y los ánimos. Eterno artífice.

53

—Materia inerte. Absurdo hacerle preguntas dice el escéptico.

—Converso milenios con él y siempre me responde — contesta el soñador.

54

Habitante de la montaña: deja que la montaña habite en tu interior.

55

De “Illimani” se dijeron tantas cosas vulgares y ramplonas. Graves y profundas pocas. El inmenso personaje lítico espera su biógrafo y su vate.

Es la Vida en la Muerte de los hielos. Es la Muerte en la vida de los Vientos.

Nevado excelso. El que despierta el sentimiento, el que temple la voluntad. Antes que Dios descendiera al hombre en la figura del Cristo, “Illimani” fué deidad y oráculo a la vez.

56

Morada del Bien y del Mal. Sus vértices agudos, sus rampas majestuosas, su trapezoidal arquitectura silencian el combate de ángeles y demonios.

Es un Arcángel de Luz. Pero es también un Lucifer dormido. O el Dios Desconocido de una religión abolida.

Subió del abismo oceánico. Ahora vigila la sidérea inmensidad.

57

Esa blancura deslumbrante que cierra el horizonte. Esa masa sombría que fatiga los espíritus.

Empero el Gran Maestro Antiguo que enseña y fortifica.

58

Si lo miras de cerca te amenaza. Si lo miras de lejos te deslumbra. "Illimani" es un pesador de almas: devuelve lo que le damos. Pero también un cofre de revelaciones: transforma la mente en inventora y descubridora.

59

Está ahí, estuvo siempre para ser mirado y admirado.

El visitante fugaz apenas siente el aleteo de sus cumbres. El morador habitual se sumerge en la aérea majestad de su presencia.

Tiene de toro, de cóndor, de ballena, de león. Fuerza de fuerzas sublima la naturaleza. Es templo y oración. Tres Arcángeles de Nieve elevan su plegaria al infinito cielo.

Y en los crepúsculos sangrantes cuando el Día pelea con la Noche, "Illimani" participa en la tragedia cósmica sin plegarse a los combatientes seculares.

60

Música congelada en el espacio. Ni los coros triunfales de la Misa Solemne, de la Pasión según San Juan, del Mesías o de la Misa de Gloria alcanzan la plástica armonía de esta Catedral de las Formas que loa también la grandeza del Señor con el himno feliz de su poder.

61

El Ramayana fulgurante, los hexámetros de Homero, el canto de Virgilio, el estro del lusitano, el Paraíso Perdido, el Fausto, el Quijote o la "Commedia" del florentino no pueden eclipsar la gloria de esta Biblia Telúrica que trasfunde en nieves y rocas la más victoriosa poesía.

62

"Illimani": la voz de la Tierra y su Mensaje.

63

¿Planta, mineral, humana transcendencia, deidad incógnita, plinto de la geografía y de la historia? Solo un monte imperial y misterioso.

Yerran quienes piensan que los mitos son patrimonio del hombre primitivo. El varón de todos los tiempos tiene inscrito en su corazón el tiempo mítico que es inactual, permanente, mudable más no perecedero. Baste pensar que de la Montaña Meru a Monte Illimani hay un arco inmenso de proezas siderales y telúricas y humanas que mente alguna abarca en su total complejidad, pero que algunos intuyen en la subitaneidad del relámpago poético.

Entra en el Gran Nevado. Deja que él entre también en ti. Pero esa penetración reciproca es obra del Tiempo y del ardor profundo de la Búsqueda que no conoce Término.

Estabas destinado, Nayjama el Buscador, al diálogo con la Montaña. Agradécelo al Señor que todo lo mueve y configura.

Hallaste la verdad de tu andadura, te alumbró el Sol de la Contemplación. Illimani es el Maestro Mayor conque el mundo responde al Maestro Interior de tu espíritu. Lo visible y lo invisible se encuentran en el cruce de materia y pensamiento. Cielo y Tierra giran unánimes. Imaginación y voluntad también.

Illimani, el Monte Insigne, es el alfabeto congelado de las grandes verdades ancestrales. Y la luz seráfica del Tiempo Nuevo que dará sentido más profundo al juego rítmico de Espíritu y Materia.

Viajando por la meseta. El automóvil comienza el ascenso de una cuesta. De pronto, al tomar una curva cerrada un gigante nos cierra el paso: las nubes se han desflecado y el "Illimani" surge en toda la pesadumbre de su gloria.

Corta es la palabra para expresar la subitaneidad de la experiencia. Dos, tres segundos y la magia del instante se evapora. Nunca volverá. Porque ese primer impacto sorpresivo con el gran bulto es único, relampagueante, no volverá. También el coloso deja huella en el alma: ese brusco aparecer, ese telón de nieve que cubre el cielo y amenaza devorarse la tierra, esa presencia aterrante de un poder súbito y augusto.

En un arranque de panteísmo trascendental pensamos:

—Esto es Dios.

Idea exagerada. Vueltos a la cordura cristiana y a la lógica del juicio diremos más bien:

—He aquí una emanación de Dios.

"Illimani": ese dolor congelado y ese júbilo irradiante.

Mira la Montaña Nevada: es lo más lejano pero también lo que se está acercando. Mil presencias en una. Archivo de todo lo pasado. Catálogo de lo que sobrevendrá. Espacio dominado. Tiempo sin fronteras. Pájaro descomunal. Navío desmedido. Inmóvil, manda, inquieta, acicatea. De su seno materno nacen los Dioses y los Héroes. Panteón oceánico en él naufragan ambiciones y delirios mortales.

Guarda increíble, fabricadora de las edades. Ángel petrificado en líneas, tensiones y perfiles no capturables. Madre de los Enigmas. Locura del Soñador. Esposa de la Tierra. Novia del Cielo. Materia del Tiempo Mítico. Cosmogónica presencia. Clave universal.

“Illimani”: montaña inenarrable.

68

Cuando la materia se espiritualiza, toma la forma de un Monte Armonioso. Cuando el espíritu se materializa, transfuga a presencia de Montaña.

69

Despierto, infunde valor y confianza. En los sueños, un terror sagrado. Y del hondo meditar surge como Maestro de Idealidad y de Belleza.

70

Himno final.

Cada día cuando la colorada aurora enciende el aire diáfano, un dios misterioso y lejano se alza en su trono de nieves.

Allí nacen los corceles del Sol. Allí mueren las yeguas sombrías de la Luna. Y los alborotados vientos que corren y se esparcen por la hoya, detienen su carrera huracanada al pie de la olímpica escultura.

Si caminamos todo el día, un titán nos acompaña frente a frente. Si soñamos por la noche, un paredón fantasmal estremece nuestro sueño. Una vuelta en su redor equivale a llenar la órbita de un mundo. Si bajamos, El se aminora; si subimos, El se acrecienta; si estamos quietos, El nos invade con alteza y pesadumbre de cumbre. ¡Oh fábrica de enigmas!

Monte Nevado: el longuividente porque lo mira y señorea todo.

Con la distancia la mole cambia de apariencia. Por las variaciones climáticas muda de alma. Y si al tocar sus filos la luz estalla en fantasías cromáticas, también la sombra sube por sus flancos en elegía sutilísima. En la idealidad de las lejanías, el monte irradia: espacios infinitos; armonía de silencios. Y al fondo una brusca arquitectura que sembra a tempestad petrificada.

¿Dónde cuna más hermosa, cuándo sepulcro más solemne?

Cerro múltiparo, el inagotable. Donde la fundación del mundo andino vigila con paterna sabiduría las cosas: sabe de la tormenta geológica, de las cosmogonías fabulosas, de los remotísimos imperios. Pasaron las telúricas hazañas; pasaron imperios, religiosos. Pero el Gran Nevero permanece inmutable, habitante de un tiempo sin tiempos. Guardián del Mundo.

Es el que alimenta los hogares, el que levanta corazones. Abruma al descreído, fortifica al laborioso y al paciente. Parece un grifo gigantesco que jamás abandona al poblador de la hoya. Suceso singular: del oleaje topográfico de la ciudad, del laberinto de las calles y las quiebras, del espacio brusco y contrastante, los ojos vuelven siempre al monte tutelar. Está en todas partes y en ninguna. Y si al viajero le revela su faz catedralicia, al comarcano le reserva el juego inenarrable de sus diez mil caras gobernantes del clima y de las horas.

Esta solitaria grandeza. Este reposo secular. Este ulular de vientos trágicos. ¡Milagro albozafíreo del Sacro Monte! Cumbres que se disparan al horizonte; cimas y flancos como espadas lúcidas. Esta arquitectura titánica. Este augusto equilibrio. Estas fuerzas vibrantes que suben, se precipitan, se asientan y se oponen con ímpetu tenaz, no hablan: resuenan. Porque la forma es la música de la tierra y la tierra es la música de la forma.

El poderoso promontorio reina sobre cuanto le rodea. Puebla con su majestad y su hondura el paisaje. ¡Señorío absoluto: cumbres, valles y quebradas se subordinan a su mando! Parece un emperador geológico en medio de sus súbditos congregados. Y al caer la tarde el cerro portentoso lo domina todo con el misterio de su mole.

Cuando el Ojo Solar descubre la creación, cuando Párpado Lunar se entreabre y define la faz nocturna de las cosas, ambos miran al que no cae, al siempre antiguo y anciano, que es, a un tiempo mismo el fuerte, el joven, el resplandeciente Señor de las Cordilleras.

De su cima famosa se cuenta portentos.

Refieren los místicos relatos de la antigüedad que en el Primer Amanecer, cuando las cosas se movían para tomar posición en el cosmos, un Cóndor colosal vino a posarse sobre el dorso de la Cordillera Real para dirigir la organización del orbe andino.

Como el proceso de integración de los elementos marchaba lentamente, el Cóndor alzaba vuelo en el crepúsculo, cuando las estrellas toman silenciosa guardia y se alejaba hasta perderse en el hondo cielo. Volvía en los amaneceres, desaparecía a la caída de las sombras. A la luz de los días, sus alas siempre centelleantes, como venablos fúlgidos. En el ébano de las noches, sus alas siempre en esplendor como carbones encendidos. Así por espacio de muchos “Pachakuti”, los cielos de mil años que anuncian la destrucción de un mundo y el surgimiento de otro nuevo. Porque el orbe andino está naciendo, está mudando, está renaciendo sin descanso. Regresa y se transforma inexorablemente.

Pero un día de días, cuando “Wirakocha”, el dios sutil, juzgó terminada su tarea ciclópea; cuando cada línea, cada masa, cada objeto ajustaron en la inmensa arquitectura, quiso que el mensajero alado atestiguara su grandeza. Y en la Última Noche de la Hechura, el momento en que las cosas se fijaban definitivamente en su inmutable geometría, dispuso que el Cóndor Resplandeciente se incorporase a la belleza del paisaje. Y el ave fabulosa abatió sus alas titánicas sobre el triple poderío del basalto, del granito y de las rocas eruptivas. Y la nieve cayó de lo alto con su dosel de armiño. Y esas tres cimas que subyugan la mirada india con el doble hechizo de su altanería y mansedumbre, son en verdad la cabeza del cóndor en acecho y las alas inmensas en actitud de remontarse.

Parece un promontorio superpuesto sobre el zócalo de montes: lo que se empina en lo empinado. Porque no es el macizo que surge lentamente, abriéndose paso a través de una intrincada geogenia, sino la maravilla celeste que se precipita de lo alto, como un penacho heráldico en la atormentada cordillera. Así lo dispuso “Wirakocha”.

Y el más grande los montes es también el Más Grande de los Cóndores. Nadie lo gana en estatura ni hermosura. Es el Caudillo del Ande. “Mallju-Kaphaj”, cóndor poderoso. ¡Cuántos linajes remotos brotaron de tus alas protectoras? ¿Y cuántos los imperios que duermen en la espuma de tu gola?

¡Oh manantial de los días, oh fontanar de las noches! Abuelo de las edades. Padre del Misterio. Ya no seremos tristes, ya nunca desvalidos: un nevado hermosísimo es el guarda de las horas que se fueron y el amo de las horas que vendrán.

Montaña de montañas. Sacra grandeza inmóvil. Quien la vió una vez la lleva en su corazón. Quien la vió muchas, es ya criatura de su arcano.

¡Porque “Illimani” — cosa eterna — es para siempre!